

Del boxeador a la boxeadora

Sergio González Rodríguez*

De niño sabía defenderme de las agresiones mediante dos recursos: el primero, con el uso de palabras o argumentos que desconcertaban o aterrizaban al retador escolar; el segundo, los empujones, las bofetadas o algún puñetazo. De adolescente entré más en razón y me acostumbré a emplear sólo el primer método. Ya de adulto concluí que era inútil, salvo casos extremos, el uso de la violencia —recuerdo a un molesto pandillero en un hoyo fonqui que insistía en insultarnos mientras tocábamos nuestras rolas: me limité a dejar el escenario y me lancé a perseguir, con el bajo eléctrico cual si fuese un garrote, al sujeto incordiante, que huyó a esconderse a los pies de la multitud—. Allí debe de estar todavía.

El boxeo nunca ha sido uno de mis pasatiempos ni deportes favoritos. Pero la figura del boxeador ha cautivado, al menos desde los años veinte, a los escritores y, en general, a la gente de la cultura. ¿Quién puede olvidar que algunos vanguardistas se enamoraron de un boxeador negro de nombre olvidable —*Kid Panamá*— que representaba la virilidad y la gracia en el encordado? O ¿cómo dejar de evocar que el estadounidense Ernest Hemingway solía ponerse los guantes y practicar algunos rounds nada más por mero hobby?

Una paradoja de la vida estaría en la siguiente anécdota: uno de los hijos del viril Hemingway —Gregory— solía vestir desde niño la ropa de su madrastra y terminaría en plan de maniaco-depresivo y transexual sexagenario, con el apodo de *Gloria*.

La adoración de la gente de letras por los deportistas en trances violentos es un complemento obvio de su tarea, obligada a cierta reclusión de escritorio, a una disciplina de burocracia de la tinta o del teclado que se tiende a identificar como una tarea de cariz femenino (como la crianza doméstica o las destrezas de cocina), y que se encontraría en las antípodas de la faena dura, de las actividades fundadas en la fuerza física, el desafío del peligro, o el anhelo de ejercer una superioridad a ultranza.

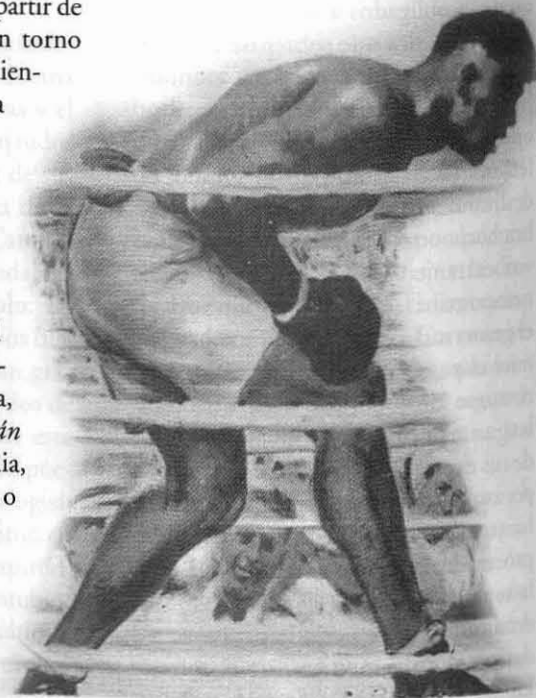
Algo análogo sucedió con el hechizo de un Michel Leiris ante la tauromaquia, a la que llegó a describir como el ideal de una forma audaz de hacer literatura, algo opuesto a los juegos de bella retórica de la literatura decimonónica.

Asimismo, a principios del siglo XX surgió en México la idea literaria de fascinarse con los luchadores a partir de las filias de Salvador Novo en torno del *Tarzán López*, un contendiente de finales de los años treinta y principios de los cuarenta. Al huir de la ciudad de México en el verano de 1940, porque temía que los sicarios que matarían a León Trotsky también la emprendieran contra él, que se había limitado a saludar al ex jefe del *ejército rojo* en compañía de su amigo Diego Rivera, Novo llevó consigo al *Tarzán López* a Los Ángeles, California, adonde se refugió durante tres o cuatro meses.

Allá intentó tres cosas: la primera fue coquetear con el proyecto de convertirse en escritor de guiones en la industria de Hollywood; la

segunda consistió en unirse a la tertulia que sostenían la madre de Dolores del Río y la propia actriz en su espectacular casa (donde se desarrollaba el *affaire* de la mexicana con el joven Orson Welles, entonces en medio de la tormenta por su *Citizen Kane*); y la tercera, conseguirle trabajo en los encordados californianos a su novio el luchador.

Ninguna de las tres ocupaciones las logró del todo Salvador Novo: en cuanto a la primera, desistió al darse cuenta de que jamás sería una pieza más de la maquinaria del cine; en la segunda se aburría enormidades, ya que al no ser un gran bebedor ni toxicómano, aquellas fiestas le parecían insulsas; la tercera fue un fracaso, porque el *Tarzán López*,



* Crítico literario, narrador, ensayista y guionista

devorado por la nostalgia del terruño o *homesick*, apenas tenía ganas de ponerse un delantal y atender los quehaceres domésticos a que lo obligaba el escritor.

En la literatura del siglo xx en México hubo escritores que gustaron dirimir a golpes sus pendencias, ya fuera con colegas de gremio o con desconocidos. El más célebre de ellos es Octavio Paz, también José Iturríaga, o el propio Novo, que abofeteó a Rodolfo Usigli en las escaleras del Palacio de Bellas Artes. Guillermo Roussel Banda llevó consigo fama de hombre violento, e incluso padeció cárcel por sus arranques furibundos (era muy impresionante ver a semejante hombre convertido en un despliegue de ternura y cortesías en su vejez). Ricardo Garibay, campeón de los Guantes de Oro, fue también una amenaza para los molestos que se atravesaban en su camino.

En tiempos más recientes, Carlos Chimal alcanzó aroma de fajador enfrentado a los últimos infrarrealistas (que tan bien retrata en su novela *Los detectives salvajes* Roberto Bolaño, fundador de tal movimiento —al lado del muy aguerrido y ya extinto Mario Santiago Papasquiaro—, sin duda el más tardío de los vanguardismos latinoamericanos). José Luis Ontiveros y Roberto Vallarino fueron una pareja célebre en los años ochenta del siglo anterior: les gustaba provocar con los puños en reuniones y festejos a quienes les daba la gana (¿verdad, Braulio Peralta?). Ahora, el segundo de ellos está por desgracia muerto mientras que el primero se halla en el retiro de la vida pública.

Desde luego, abundan a la fecha los pleitos convencionales entre los artistas y escritores, por ejemplo, las broncas de borrachos o los empujones y zarandeos por algún lío de faldas o futezas semejantes. Casi cualquier fiesta de sábado por la noche recoge episodios de ese tipo, que tienden a diluirse como se desliza el agua del drenaje a lo largo de las horas.

Pero los tiempos han cambiado. Ahora imperan otros prestigios en la república de las Letras, como el portarse bien, como entregarse a las cortesías redituables y las relaciones públicas para ubicarse en el mercado literario o en las instituciones del poder. También se impone la “buena ondez” (el ser “buena onda” a toda hora, y de ninguna forma ser “beligerante”, “intransigente”, “belicoso”, a la vez que se enaltece el oportunismo político o mediático sin riesgo alguno. Así, escasean las polémicas y el conformismo hincha sus velas en busca de riberas u horizontes acomodaticios.

Tanto se ha transformado el paisaje espiritual que en esta época la figura del boxeador se ha vuelto ya un icono de la publicidad más convencional. ¿Quién se traga a un Joaquín Sabina, antes cantautor brillante que devino en demagogo de la sensiblería, disfrazado de boxeador sangrante en la portada de su reciente compact disc? Sin duda, nadie. Mucho menos después de que se ha visto en tal plan lo mismo a Micky Rourke que a Brad Pitt —bastante superiores, debido a que todavía hay diferencias en el mundo, por fortuna.

Se puede atestiguar la decadencia actual en la usurpación femenina de la figura del boxeador. Proliferan las imágenes de la tienda El Palacio de Hierro donde la identidad “totalmente Palacio” implica a una bella modelo en traje de boxeadora. Claro, la pregunta surge: ¿los hombres se han feminizado o bien las mujeres se han virilizado? Ambas vertientes

son ciertas, y el hecho no deja de ser venturoso. Allí están, como muestras frescas, las películas sobre mujeres boxeadoras, reales o cibernéticas. O el videoclip que consagra la conversión de la cantante Christina Aguilera en su asombroso tránsito de niña fresa a piruja de barrio, emperatriz de la vulgaridad sexy: la microfalda negra, los calzones rojos, los puños enguantados que dan cuenta de una rival bajo la mirada del galán que será el premio a la ganadora. Toda cambia y todo queda. ☺

